

efecto, la instituyó. ¿Quién será osado á poner en duda ninguna de estas cosas?

El corazón sacratísimo de Jesús hallábase rebotando amor el más generoso y el más ardiente que puede concebirse en obsequio nuestro, y por consecuencia el más insaciable de sacrificarse por hacernos bien; y como por otra parte se unía á dicho amor un poder infinito, lógico es concluir que nada podía detenerle en la ejecución de su pensamiento eucarístico.

El amor, sea divino, sea humano, es siempre una fuerza que tiende enérgicamente á la unión con el amado; y si el amor es intenso como el que existía en el corazón ternísimo de Jesús, no acierta á separarse un punto del objeto de sus amores. Quisiera el que ama tener con el amado unión *del alma* por los mismos pensamientos, por los mismos deseos y por las mismas aspiraciones.—Unión *del corazón*, sintiendo el uno lo que el otro siente, queriendo lo que él quiere, amando lo que él ama y deseando que sean comunes hasta los latidos del corazón.—Unión *de bienes* materiales, intelectuales y sobrenaturales, por la comunicación mutua de los unos y de los otros.—Unión *hasta del cuerpo*, viviendo de la misma vida tanto cuanto sea posible. Es decir, que quisiera el amante como encarnarse en los que ama, vivir en ellos y hacer que ellos vivan con la propia vida de él. Esta es la ley del amor.

Pues bien; esto que en nosotros no es posible y que se queda en simple aspiración de nuestro espíritu, se realiza en la tierra con toda su plenitud en Cristo nuestro Señor. El, como su amor es más intenso y más fino que el nuestro, lo desea más apasionada y ardentemente que nosotros ansiamos la unión de corazones y de almas. Los antiguos dijeron que el amor ponía á los hombres locos, y exagerando la frase cabe decir que Jesús está como loco de amor por el humano linaje, y por cada uno de nosotros en particular ¡Por nosotros, tan fríos y tan tibios! ¿Qué hacemos?

**12.** Jesús, en cuanto Verbo creador, comenzó á mostrarnos sus amores en la *creación*, dando al hombre, juntamente *con la vida, el mundo entero* para su morada, sustento y regalo. Después continuó su obra amorosa por la *Encarnación*, dándose al hombre, hasta deificar la humana naturaleza, complaciéndose en habitar con él. Finalmente, *completó, consumó y perpetuó* la fineza inconcebible de su tierna dilección instituyendo la sagrada Eucaristía, no sólo para quedarse con nosotros hasta el fin de los tiempos, sino para incorporarnos á El, para que vivamos en El y de El ó sea *para consumarnos en la unidad con Él*, según el ruego que hizo á su Eterno

Padre, diciendo: *Padre, una sola cosa os ruego, y es que éstos que me has dado, sean uno en nosotros, así como Tú y Yo somos uno* (1).

«El mismo Dios—dijo un orador sagrado,—que con su augusta majestad llena los cielos, residirá corporalmente en los templos cristianos; el Pan de los ángeles lo será también de los hombres; Dios, que comunica en la gloria su esencia, comunicará en la tierra la naturaleza con que se desposó; el inefable misterio de la Encarnación, que no hizo más que unir el Verbo con la humana naturaleza, se verá como acrecido, perfeccionado y completado por la íntima unión de la carne divina con todas las almas cristianas, y todas podrán exclamar con el Apóstol: *Vivo yo, mas ya no yo, sino que Cristo vive en mí.* (Monsabré, Confer. 69, año de 1884.)

Verdaderamente así es, y consuela mucho recordarlo; el amor hacia nosotros que arde en el corazón sacratísimo de Jesús es de tal naturaleza, que no pudo quedar satisfecho con dedicarnos sus pensamientos, sus palabras, sus cuidados, su ternura, su tiempo y sus fuerzas durante su vida mortal sobre la tierra; tampoco pudo satisfacerle el dejarnos los tesoros riquísimos de su ciencia, de su sabiduría, de su bondad y de su Corazón deífico; ni aun llegó á saciar los deseos de su ánimo al enriquecernos con sus ejemplos, sus virtudes, sus dolores, sus méritos y dar por nosotros su preciosa vida; necesitaba, digámoslo así, y exigía la vehemencia de su amor, el dárse nos todo entero realmente en su propia *substancia*, la divina y la humana, aquella misma que recibió de su Padre por la generación eterna, aquella misma que recibió de su Madre en la Encarnación, y por su consecuencia *su persona, su cuerpo, su alma y su divinidad*; necesitaba, en suma, subir al Padre celestial y juntamente quedarse con nosotros, y por eso se nos dió en la *Eucaristía*, y se hizo nuestro alimento, á fin de que todos y cada uno podamos decir con verdad. *Ya no soy yo el que vive, es Jesucristo quien vive en mí.* (Galat., II, 20.)

**13.** Estas son las finezas de amor nunca oídas ni imaginadas, que atesora para nosotros el corazón sacratísimo de Jesús; éstas son las riquezas que puso á nuestra disposición durante esta vida terrena para que sepamos aprovecharlas y agradecerlas, pagándole amor con amor; ésta fué la manera asombrosa que tuvo de quedarse con nosotros y de hacernos una cosa consigo mismo, dándonos todo su ser, real y verdaderamente como está en los cielos. Los sentidos corporales no lo ven, la inteligencia con sus luces na-

(1) Ut sint unum, sicut et nos. (Joann., XVII, 11.)

turales no alcanza el misterio; pero la Escritura le expresa, la fe le propone, la Iglesia le enseña, y la razón, apoyada en el dogma, deduce lógicamente la real presencia de Jesucristo en el Sacramento del amor, *ya de la necesidad de la Eucaristía; ya del fin sobrenatural del hombre; ya de la perfección de la Ley evangélica; ya del hecho mismo de la Encarnación del Verbo; ya del sacrificio de la Cruz; ya, en fin, del amor ardiente, eterno, infinito que atesora el corazón de Jesús en favor nuestro.*

¿Qué debemos hacer nosotros en virtud de tantos y tan grandiosos prodigios como el Señor hace por santificarnos, por unirnos á su corazón divino y por deificarnos cuanto es posible á humanas criaturas? Aquí el silencio; cada cual lo medite consigo mismo, vea lo que hace, vea lo que debe hacer, y después resuélvase á obrar: diciendo con el Apóstol: *Todo lo puedo en Aquel que me conforta... mi vivir es Cristo... y Cristo es todo en todas las cosas.—Omnia in omnibus Christus.*

## CAPÍTULO XIII

### Preparación al dogma de la Sagrada Eucaristía.

#### 1. Resumen del capítulo anterior.—2. Orden de materias.

**H**ABIENDO ya probado *la realidad de la Eucaristía* por la necesidad que de ella tenemos, por *el fin* sobrenatural del hombre, por la perfección de la *Ley nueva*, por la *Encarnación* del divino Verbo, por la *Redención* del género humano y por *el amor* infinito que Jesús nos tiene, lo cual ciertamente arroja luz vivísima sobre las inteligencias hermoeadas con la fe católica, tiempo es ya de comenzar á exponer las *pruebas directas* de tan profundo como consolador misterio.

2. Múltiples y muy variadas é importantes son las materias que á este respecto hay necesidad de tratar; mas todas ellas, si bien se considera, pueden reducirse á los puntos siguientes:

- 1.º *Las figuras, profecías y promesas de la Eucaristía.*
- 2.º *La institución y motivos de tan augusto Sacramento.*
- 3.º *La real presencia de Jesucristo en la Eucaristía.*
- 4.º *El dogma de la Transubstanciación.*
- 5.º *Las grandezas y las lecciones de la Eucaristía.*
- 6.º *Sus efectos generales en el orden moral y social.*

Brevisimos habremos de ser en la declaración de tantos y tan grandiosos misterios, pues nos concretaremos particularmente á la práctica y á lo que más interese saber al común de los fieles cristianos; y comenzando por las cosas que precedieron á la institución de la Santísima Eucaristía, como preparación á ella, explicaremos dos puntos:

- 1.º **Las principales figuras de la Sagrada Eucaristía.**
- 2.º **Sus profecías y sus promesas.**